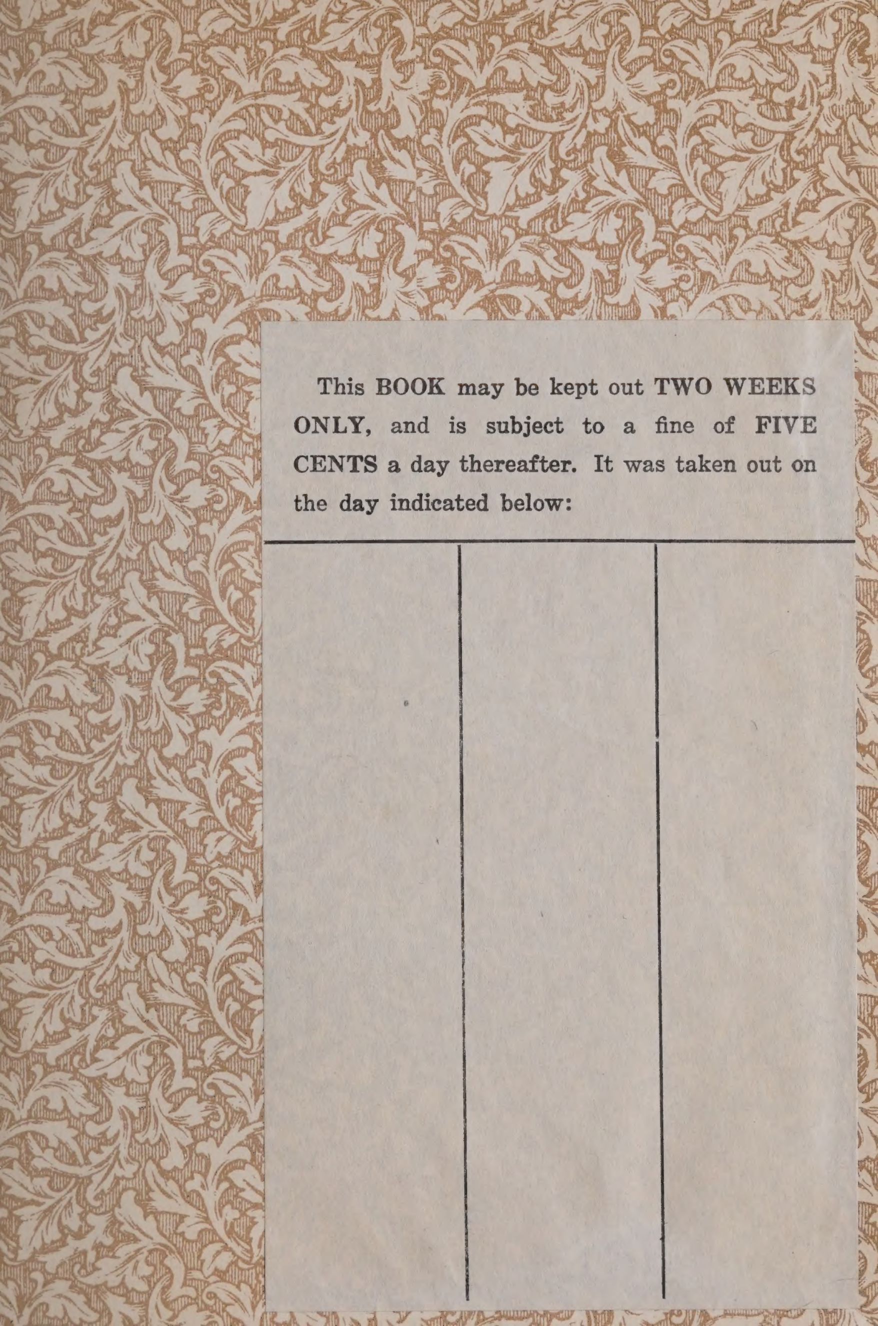




OMAR KHAYYÁM

RUBÁIYÁT DE OMAR KHAYYÁM

Versión castellana yuxtalineal sobre el texto inglés de Edward Fitzgerald (2.ª Ed.) por

JOAQUIN V. GONZALEZ

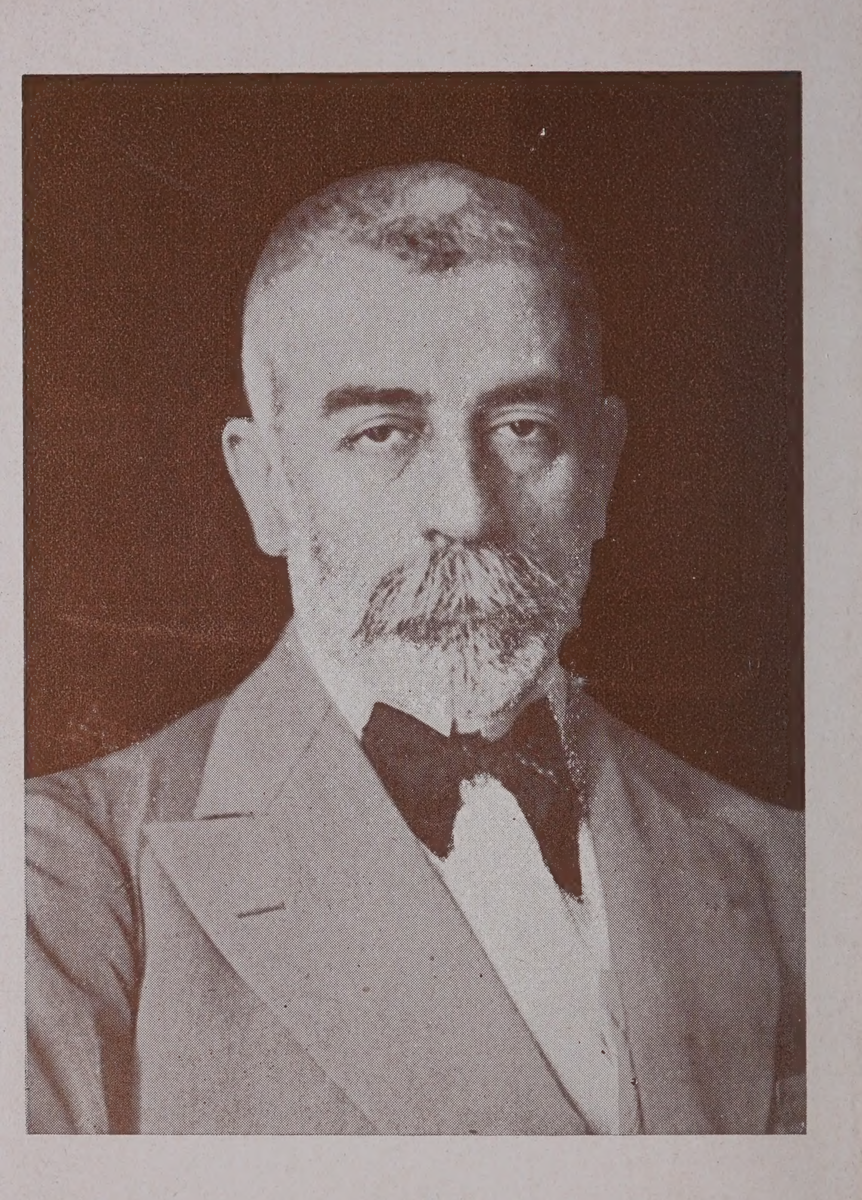
Con Introducción de Julio V. González



Editores: Juan Roldán y Cía.

Buenos Aires, MCMXXVI

Han sido impresos de esta obra 25 ejemplares en papel ilustración Chamois, numerados en la máquina del 1 al 25, y 2 ejemplares en papel Registro, señalados con los guarismos V_1 y V_2





I. "RUBÁIYÁT" de Omar Khayyám.

Versión castellana yuxtalineal sobre el texto inglés de Ed. Fitzgerald (2a. Ed.) por Joaquín V. González. (1915-1917).

II. RIMAS ORIENTALES.

Sobre las "Rubáiyát" de Omar Khayyám, por Joaquín V. González.

De la versión francesa de J. B. Nicolas, (1867) e inglesa de Frederick Baron Corvo. Edición bilingüe publicada por John Lane, 1903. (1917-1919.)

III. LA VOZ EN EL DESIERTO.

De la versión inglesa del *"Wasiyyat"* o Testamento de Omar Khayyám, de Louis C. Alexander (1907), por Joaquín V. González.

INTRODUCCION

¿Qué género de atracción es esta que emana de la personalidad de Khayyam para que haya conseguido cautivar a tan altos espíritus y provocado la institución de un culto en medios de tan refinada cultura como Inglaterra? Desde que Fitzgerald lo arrancó del misterioso Oriente para entregarlo a la contemplación del mundo occidental, ha venido formando su círculo de admiradores, comentadores, exégetas e intérpretes, en cuyas manos aquella exótica gema de la Persia islamita rinde, en su inagotable belleza, el más extraño reflejo que pudiera exigir la inquietud de un cultivador del pensamiento o la emoción. Desde el diletante que sólo busca un amigo cordial capaz de hablarle al corazón, hasta el concienzudo y minucioso erudito que penetra pacientemente y desmenuza con frialdad científica el sujeto de observación, toda suerte de espíritus han gravitado como satélites en la órbita de este astro, venido de otro hemisferio a trazar una magnífica parábola en el cielo del pensamiento occidental.

Cuando J. B. Nicolás, experto en leguas orientales y secretario-intérprete del consulado francés en el cercano Oriente, dió a conocer en Europa a Omar Khayyam, por el año 1867 *— y no cuento con la primera edición de Fitzgerald* (1859) *porque pasó completamente inadvertida — trasladando a su lengua nativa la copia litografiada de Teherán, apenas si despertó curiosidad en los centros especializados en literatura y lengua orientales.*

Ernesto Renan se detiene un instante en él para dedicarle el ligero comentario del "Journal Asiatique", correspondiente a 1868 (*número de julio-agosto; páginas* 56 *y* 57).

Negándole el fondo místico que atribuía al poeta persa su traductor, Renan lo toma como a un incrédulo licencioso que en su desenfado llega a mezclar "la blasfemia al himno místico", y que en el esgrima de su ironía incisiva alcanza con certeros golpes al dogma musulmán y a toda creencia y toda fe. Pero no obstante cierta impresión de menosprecio que provoca el juicio crítico del autor de la "Historia del pueblo de Israel", termina definiéndolo como a uno arquetipo del espíritu de su tiempo y de su medio, en cuanto sugiere que "Khayyam es tal vez el hombre más digno de estudio para comprender a lo que pudo llegar el libre genio de Persia en la estrechez del dogmatismo musulmán".

En cambio su revelador aférrase devotamente a la interpretación mística del poeta y empéñase con una indudable y atrayente sinceridad, en dar un significado esotérico al lenguaje, los vocablos y las imágenes de "Rubáiyát". Pretende Nicolas consagrarlo como a un adepto de la secta sufi que apareció en el siglo VII, casi con la religión del Islam, formando un culto heterodoxo que se ha hecho famoso, entre otras razones, por haberlo profesado los cuatro grandes poetas de la Persia antigua: Saadi (1184-1292), *Rumi* (1207-1273), *Hafiz* (1391) *y Jami* (1414-1492).

Entre los extremos que marcan Nicolas por una parte con su Khayyam místico y Edward Fitzgerald con su Khayyam erótico, encuéntranse en la multitud de sus comentadores todos los matices de opinión. Fitzgerald — indiscutiblemente más afortunado que el francés en la empresa de hacer prosélitos al poeta oriental, puesto que fué su traducción sobre el manuscrito de la "Bodleian Library" de Oxford, la que provocó en Europa y América el "Culto de Omar", — negó rotundamente la interpretación de Nicolas en el prólogo a su segunda edición de "Rubáiyát", aparecida inmediatamente después de la de aquél.

Con la advertencia de que volveremos sobre la controversia planteada en tales términos, hagamos en rápida revista, una mención general de los diversos juicios emitidos.

NATHAN HASKEL DOLE (1), *el erudito autor de la edición "multivariorum" de "Rubáiyát" que con Heron Allen goza de la consagración pública como exégeta de Khayyam, opina que se puede tomar el Omar que se desee: el místico o el sensual epicureo, y que se puede libremente optar entre "la lectura literal o la alegórica de los delicados y a menudo epigramáticos versos de Omar".*

EDWARD HERON ALLEN (2) *acreditado por la obra de la referencia, piensa como el anterior. Abre su Introducción planteándose el problema en estos términos: "¿Fué Omar un bebedor y degradado voluptuoso o fué un puro y sublime filósofo?". Y luego de transcribir una carta de Cowell y explayarse en reflexiones, termina declarando que "puede estarse de una u otra parte", pues el Vino, el Amor y la Canción han servido en todos los tiempos para compensar las "abrumadoras perplejidades y miserias de la humana existencia", y "han sido el estribillo de todas las literaturas".*

EDWARD BLEYES COWELL, *presidente del "Sanscrit College" de Calcuta, que está inseparablemente vinculado a la obra de Fitzgerald por haber sido quien le hizo conocer, le tradujo el manuscrito y lo guió en su trabajo, en la carta citada que le dirige a Heron Allen desde Cambridge con fecha* 3 *de abril de* 1898, *declara: "Reconozco mi admiración por la poesía de Omar como literatura, pero no puedo incorporarme al "Culto de Omar" y se me haría un agravio si se pretendiese que lo profesara". Y termina volviendo sobre su manifestación: "Admiro a Khayyam como admiro a Lucrecio, pero no puedo tomarlo como un guía. En este grave asunto prefiero ir a Nazareth, no a Nishapur". Sea dicho al*

---

(1) Introducción a **The Rubáiyát of Umar Khaiyam.** "Done into English from the French of J. B. Nicolas by Frederick Baron Corvo. Together with a reprint of the French text." Edición de John Lane. Londres y New York, 1903.

(2) **Rubá'iyyát of 'Umar Khayyám.** Segunda edición de Edward Fitzgerald reimpresa con una Introducción y notas, por Edward Heron Allen. Ed. Duckworth and Co. Londres, 1912.

pasar que en la prédica por el "Culto de Omar" nunca se ha pretendido plantear un problema de conciencia, sino uno puramente estético.

JOSEPH JACOBS (1), *en el estudio sobre la poesía persa con que precede su edición de la versión de Fitzgerald, dice: "Se ha intentado presentar a los tan elogiados placeres sensuales de Omar como expresiones místicas sufis. Pero esta no es más que una invención sin consistencia del enemigo y sería inútil ver en los elogios del vino, laudatorias de una comunión mística del individuo con el alma del mundo. Ello podría ser cierto aplicado a Hafiz, como veremos, pero toda la tradición y la misma naturaleza de las Rubáiyát indican que Omar quiso significar lo que dijo al elogiar la "Joie de vivre".*

CHARLES GROLLEAU (2), *a quien se debe una de las buenas ediciones en francés de las "Rubáiyát", se manifiesta también en su estudio preliminar, abiertamente en contra de la interpretación sufista de los poemas. "El lector de las cuartetas — dice — descubrirá sin esfuerzo que Omar no pertenece en modo alguno a la doctrina sufi, y que sólo su vocabulario ha conservado muy vagamente el tomo sustraído".*

TEÓFILO GAUTIER (3), *en cambio, está con Nicolas, si bien es cierto que su comentario en el "Moniteur Universelle"* (8 *de diciembre de* 1867), *como el de Renán citado* (1868), *se hizo bajo la sugestión del traductor francés que fué árbitro único hasta la aparición de la segunda edición de Fitzgerald y tras él de la serie de comentaristas ingleses y americanos que vienen decidiendo la opinión hacia la in-*

(1) **Rubáiyát of Omar Khayyam;** traslated by Edward Fitzgerald. Introduction by Joseph Jacobs''.

(2) **Les quatrians d'Omar Khayyam.** Traducidos del persa sobre el manuscrito de la ''Bodleian Library'' de Oxford. Ed. G. Crés y Cía. París, 1912. Trae un buen estudio preliminar y un apéndice conteniendo notas, bibliografía de manuscritos, ediciones litografiadas, traducciones, estudios, etc., concordancias de la traducción de Fitzgerald con el manuscrito de ''bodleiano'', una síntesis de la doctrina Sufi y una transcripción de diversos juicios sobre los ''Rubaiyat''.

(3) **L'Orient;** ed. Charpentier, 1877. París.

terpetación contraria. Para Gautier, entonces, Khayyam fué sufista y sus "Rubáiyát" tienen un significado simbólico o esotérico. "Khayyam — dice — soñador y místico por naturaleza, se dió a la contemplación y se inclinó a la doctrina de los sufis". No deja, sin embargo, de hacer sus reservas ante ciertas cuartetas que por su manifiesta semejanza a "un voto báquico del maestro Adam", se hacen "difíciles de explicar de una manera mística".

JOHN PAYNE (1) *va más allá de la negación de todo contenido sufista en Omar y lo tiene por un enemigo de esta secta. Llega a conjeturar que las cuartetas de Khayyam se fundan en un sistema filosófico si no en conexión, por lo menos derivado del panteísmo de los Vedas.*

LOUIS C. ALEXANDER (2), *autor de la traducción de "El Testamento de Omar Khayyam", lo define y explica el género de su producción mediante la hipótesis de un espíritu rebelde: "Porque Omar Khayyam — dice — fué un hombre de elevada aunque humilde piedad: pero su independencia de espíritu y desprecio por los simples dogmas, su franca incredulidad en la astrología, su fuerte inclinación a la literatura y filosofía griegas e indudablemente otras causas, trajeron sobre él la amarga y viva hostilidad de una de las dos poderosas sectas; y la mayor parte de las cuartetas coleccionadas en las "Rubáiyát" propiamente consideradas, son casi con evidencia de la índole de la sátira o réplica".*

CARLOS MUZZIO SÁENZ PEÑA (3), *quien, como él lo lo dice, ha tenido en sus manos los manuscritos más antiguos en la "Bodleian Library" de Oxford y que con una copia litografiada de aquéllos, existente en la "Boston Public Li-*

---

(1) **The quatrains of Omar Khayyam of Nishapur.** Londres, 1898. Edición de la "Villon Society".

(2) **The Testament of Omar Khayyám** by Louis C. Alexander. Ed. John Long. Londres, 1907.

(3) **Rubáiyát de Omar-al-Khayyam.** Segunda edición, corregida y ampliada. Introducción del autor. Prólogo de Rubén Darío y prefacio de Alvaro Melián Lafinur. Madrid. — Con posterioridad fundó ampliamente su opinión en el opúsculo titulado "El epicureísmo de Omar Khayyám". Ed. Imprenta Mercatali. Buenos Aires, 1919.

brary", un amigo de Calcuta, amante de la literatura persa, y su conocimiento del inglés, ha podido inscribirse en los anales del "Culto de Omar" como el primero que en lengua española tradujo las "Rubáiyát" del manuscrito "bodleiano". En la Introducción de su obra, él se pronuncia por los que niegan toda relación entre la obra del poeta de Nishapur y las doctrinas sufistas. Sin desconocer que "existe gran analogía entre los trabajos literarios de Omar y los de los poetas sufis", Muzzio Sáenz Peña encuentra "arriesgada la interpretación de Nicolas, porque "si es verdad que Saadi, Djelal-ed-din El Rumi, Firdausi, Anuari y aún el mismo Hafiz, "el más persa de los poetas persas", fueron sufis, no está probado que Omar perteneciera a su secta". Y termina declarando, con tantos comentaristas, que "el vino a que se refiere Hafiz no es el mismo que bebe Omar", que "al igual de Anacreonte o Lucrecio, canta los placeres que nos brinda la vida,", y que, en fin, "es más epicúreo que místico".

Mientras en mayor número se agolpen los interrogantes en el ánimo del lector que pacientemente me haya seguido en esta reseña, más cerca estará de la realidad del problema que tiene planteado el singular temperamento poético de Khayyam. Y como quiera que la cuestión fué provocada por Nicolas sobre la base de la doctrina de los sufistas, es ineludible una referencia a aquélla para abrir en toda su perspectiva el panorama donde el revelador francés dejó emplazada la enigmática figura de nuestro poeta.

La doctrina religiosa de la secta sufi se funda en los principios de la unidad panteísta del universo, de la identidad sustancial de la divinidad con el alma individual, de la reabsorción de aquélla en ésta, del repudio de todo culto (puesto que cualesquiera de ellos puede llevar a Dios), y de la interpretación del conjunto de cosas y seres del mundo como falaz espejismo de la sola, eterna e increada realidad del Uno. El ritual sufista, respondiendo a un bellísimo simbolismo, hacía de la vida un sendero de perfección por donde se ponía en

marcha el iniciado para ir cumpliendo progresivamente los cuatro grados, a cuyo final arribaríase a la suprema liberación que lo volvería al seno de la Divinidad, de donde saliera el alma para sufrir el cautiverio de la encarnación.

Pónese en marcha el peregrino en medio de la noche — que es el estado de inconciencia de la juventud, — y al despuntar el alba llega al primer grado de perfección, llamando a la puerta de la primera Posada donde se inicia en el servicio de Dios (Ubidiyab). *En el segundo "Manzilhá" (posada al borde del camino), el Saki o Escanciadora, que es la religión, le ofrece el vino del Amor de Dios en la Copa del Universo, con lo que cumple la segunda jornada: Amor* (Isbq) (1). *Tomado ya de la embriaguez divina, arriba a la Taberna o "Caravanserai" habiendo dejado en el camino todos los deseos terrenales", todos los lazos que lo ligaban a la vida material, y cumple la tercera etapa: el "Retiro"* (Zudh). *Al golpear en la última Posada ya se encuentra el viajero en el estado de contemplación que lo hace alcanzar "El Conocimiento de la Divinidad"* (Ma'rifah), *o sea, la liberación y el retorno al seno del Ser Supremo.*

Esta concepción metafórica de los ejercicios espirituales, daba lugar a la formación de un lenguaje simbólico que respondiese a la imagen madre. El Sufi, en tanto que pasaba por el mundo, moraba continuamente en las tabernas, bebía copiosamente, vivía en la embriaguez, enlazaba por el talle es-

---

(1) Es de toda oportunidad insertar aquí el párrafo con que un erudito comentador de Hafiz, anota una imagen del poeta Sufi que tiene una clara alusión a este grado de la iniciación: ''Pero hay otro y talvez más extraño significado para el término: **Copa de la mañana**, y es éste: La época de la juventud es a veces llamada en sentido figurado **Noche**, porque es la época en que la inteligencia no se ha despertado totalmente. Cuando la juventud va tocando a su fin y el hombre va entrando en la edad madura, se dice que el alba comienza a aclarar, que el sol del intelecto madurado comienza a levantarse. El deleite experimentado por la realización de este amanecer es designado por Hafiz: **La Copa de la Mañana o El sorbo de Vida Matinal**''. (De la obra que se cita en la nota siguiente, pág. 22).

belto como palmera a la escanciadora de negros cabellos y ojos de "huri", le dedicaba cantos de ardiente sensualismo, grababa versos bajo el borde de las copas y, sobre todo, exaltaba al amor. La existencia del hombre era, como la de toda la Creación, un espejismo de la Divinidad, a la manera del Maya de la teoría vedanta, y no había entonces sino que vivir la vida como un sueño.

Pero no obstante el aparente sensualismo de las imágenes que lo poblaban, la Taberna era el Templo, el Vino la Divinidad, la Escanciadora o Copera la religión, la Copa el universo o el alma del creyente, la Embriaguez el estado de éxtasis místico y el Amor, en fin, era el amor divino.

"Esta palabra y su equivalente — se dice con referencia a la embriaguez y el vino, en un precioso estudio sobre el sufismo, — es constantemente usada por Hafiz para expresar el regocijo producido al oir verdades y ver manifestaciones divinas en la naturaleza, y por la ferviente apreciación del Amor de Dios, no sólo personal o individual a él, sino también su amor manifestado en sus creaciones, sean ellas el mismo sol, la luna y las estrellas o la infinita pequeñez. Mientras el sufi realiza este Amor, Sabiduría, etc., váse mareando su entendimiento, llénase de regocijo y se abandona como un dominado por el vino, que pierde toda noción de lo que pasa a su alrededor".

Y, agrega estas oportunas citas de las Odas de Hafiz:

"Quien como Hafiz bebe vino puro de la copa de "Alast"
(el día del convenio de Dios con el hombre).
Se embriaga con (el pensamiento de) la Unidad de Dios".

"Bebed vino porque si la vida se obtiene en el mundo,
Su único manantial es el vino del Paraíso".

"Me dieron vino en la copa del esplendor de sus atributos".

"La expresión de "embriagados" — comenta el traductor — significa por consiguiente en idioma sufi, "verdaderos amantes de Dios". Lo que causa esta Embriaguez es llamado

Vino por los sufis. Vino significa, en consecuencia, todo lo que eleve el corazón o provoque regocijo en el verdadero sufi, como la realización del Amor de Dios, el amor ferviente a Dios, la oración, la contemplación de las creaciones de Dios, las enseñanzas del Corán que revelan a Dios, la instrucción dada al Sufi en asuntos religiosos por su Murshid o Guía Espiritual, los conocimientos divinos y verdades divinas" (1).

Esta muy suscinta explicación — como sólo es dable hacerla en un prólogo — sobre el contenido de la doctrina religiosa del sufismo y su ritual, habrá de ser bastante para que el lector sepa a qué responde la interpretación de Nicolas y sin duda para no hallarla del todo extravagante.

No habría, pues, para el traductor-exégeta francés tal corrompido y desvergonzado libertino en el astrónomo-poeta de Nishapur, ni tan crudo sensualismo en él, pues el constante tejer de sus rimas en la urdimbre del amor sensual, con el Vino, la Copa, la Copera y aún la Amada (2), *no sería más que el sentido figurado con que un sufi entona sus cantos de exaltación de la divinidad.*

Dos ejemplos habrán de bastarnos. Al undécimo "rubai" de su versión, que Nicolás traduce:

"La Koran, que l'on s'accorde a nommer la parole sublime, n'est cependant lu que de temps en temps et

---

(1) Prefacio de **Selections from the Rubáiyát and Odes of Hafiz** por ''Un miembro de la Sociedad Persa de Londres''. Págs. 21 y 22. Ed. John M. Watkins. Londres, 1920. — Esta versión inglesa de las ''Odas'' y ''Rubáiyát'' del famoso poeta compatriota de Khayyam, tiene en su estudio preliminar sobre el sufismo y su vocabulario, la explicación más precisa y, a la vez, la información más completa que haya encontrado sobre el tema.

(2) En el mismo estudio citado se da una clara satisfacción, al empleo extraño por demás para un occidental, del vocablo ''Amada'' con referencia a Dios. Se termina la breve disertación, diciendo: ''De aquí que no debamos sorprendernos mucho si los poetas sufis se refieren algunas veces a la Deidad, no como a su Esposo, sino como a su Esposa, su Soberana, y se refieren a El como a su Verdadera Amada, su Adorada poseída de toda belleza y perfección, y alaban las hermosas mejillas y trenzas perfumadas de su ''Amada''. Esta imagen con la hiperbólica, y gran extravagancia oriental, es llevada a menudo a tal extremo, que apenas podría un europeo seguir o comprender: la Soberana es culpada de ser áspera, tener humor complicado, ser cruel, desdeñosa, etc.''.

> **non d'une maniére permanente, tandis qu'au bord de la coupe se trouve un verset plein de lumière que l'on aime a lire toujours et partout",**

lo explica diciendo: "Esta copa es sólo una figura: el poeta con ella quiso decir Dios. La embriaguez de que él habla en gran número de sus cuartetas, no es producida por el vino, sino que es el resultado del amor divino del que la primera es solamente la imagen".

En el 45º "rubai", que termina:

> **"Eh bien! j'ai trouvé que la lune pâlit devant l'éclat de ton visage, que le cyprés est difforme a còté de ta taille elancéee",**

anota Nicolas: "Esta cuarteta es considerada como mística y sus alabanzas que parecen más apropiadas para una amante que para la divinidad, son dirigidas al Omnipotente". Estas interpretaciones no causarán asombro al lector que ha leído lo anterior, y, sin embargo, lo provocaron hasta motejarlas de ingenuas, cuando el docto polígloto orientalista las enunció en 1867.

Fitzgerald fué el primero en sonreir negándolas y la gran mayoría de los comentaristas posteriores de habla inglesa, le copiaron el gesto al maestro. En la Introducción a su tercera edición de "Rubáiyát" él intenta desvirtuar a Nicolas. "El vino que Omar canta — dice sintetizando en gráfica imagen su idea — es simplemente el jugo de la uva". Cree más bien que el poeta persa responde a la genealogía de los adeptos de la "Irreligión del Pensamiento" que llenan la historia del mundo desde Lucrecio y Epicuro, hasta Heine y Goethe. Las "Rubáiyát" son "la espontánea producción de un filósofo que vivió en una edad (1) *de barbarismo político y social bajo las sombras de una de las setenta y dos religio-*

---

(1) Se supone que Khayyam nació en 1050 y se sabe con seguridad que murió en 1124.

nes en que se suponía dividido el mundo". Si es posible que los otros poetas de Persia — Hafiz especialmente, de quien duda también Fitzgerald, — profesaran el sufismo, sería precisamente el epicureísmo de Khayyám lo que lo haría destacarse de sus compatriotas. El propio Nicolás habría reconocido implícitamente que es preciso forzar la lógica (la lógica occidental, agrego yo) para conciliar un sentimiento místico con el lenguaje y la forma usada por Omar, pues confiesa que ciertas "extravagantes" y "demasiado orientales" imágenes y alusiones, son "de un sensualismo a veces repugnante" que no permite su traducción. En definitiva, el matemático-astrónomo-poeta de las "Rubáiyát" sería sólo un "profundo y sensible filósofo, un científico consumado y un buen compañero de orgías" (1).

En estos y otros términos semejantes se expide el celebrado literato inglés y pontífice máximo del "Culto de Omar", en su empeño por desgarrar el velo litúrgico con que se pretendía cubrir al estro poético de Omar Khayyám.

La enorme preponderancia de los compatriotas de Fitzgerald entre los comentaristas de las "Rubáiyát" ha hecho que Nicolas sea olvidado y hasta menospreciado. Comenzó aquél por arrojar dudas sobre la total autenticidad de la copia litografiada de Teheran de que se sirvió el francés, insinuando que en las 464 estancias de que aquélla consta y fueron traducidas, hay muchas apócrifas, debidas a otras plumas, especialmente a la de Hafiz. Del mismo origen emana la objeción de haberse dejado influenciar Nicolás por el colaborador persa adepto al sufismo que lo asistió en la tarea. Luego se le opone el reparo, como se ha visto, de la interpretación mística que se moteja de forzada y absurda. Por último se le critica la obra misma en cuanto se reduce ella a una traducción li-

---

(1) Introducción a la 3ª edición de su versión de "Rubaiyat" (1872), en **Rubáiyát of Omar Khayyam,** editado por Nathan Haskell Dole, y que reimprime en un volumen la 1ª, 2ª y 5ª edición de Fitzgerald con las variantes de la 3ª y 4ª. "The Page Company Publishers: Boston".

teral, sin adaptación, selección, depuración y ordenamiento que de hilación a las estancias.

Sin embargo, para los verdaderos amantes de Omar Khayyám, la labor de Nicolas ofrece más ventajas y más garantías que la de Fitzgerald, especialmente cuando el propósito de los admiradores del astrónomo-poeta es de ponerse lo más directamente en contacto con su espíritu y su pensamiento. Porque — y en ligera enunciación — comienza por anotar a su favor con respecto a la fiel reproducción de la sensibilidad del poeta, la circunstancia de haber pasado su vida en el propio ambiente donde aquél brillara; con respecto a la versión misma, el hecho de conocer Nicolas profundamente no sólo la lengua persa, sino las afines como el árabe y el turco; sobre la información, referencias, concordancias e interpretaciones que guíen al lector occidental, más de una vez perplejo ante el contacto de una sensibilidad tan diversa como la oriental, el riquísimo caudal de notas insertas con profusión a través de todo el texto; la observancia del desorden en las cuartetas que con su conocimiento del asunto respetó Nicolas, pues no ignoraba que es de la esencia misma del género de composición poética conocida en Persia y Arabia (de donde se origina), por "Rubáiyát" (1).

Ninguna de estas excelencias pueden hallarse en la obra de Fitzgerald, que con ella se consagró sin duda más como poeta que como investigador y erudito. Del original persa hizo

---

(1) **Jacobs,** en el estudio que tengo citado, da una explicación referente a la métrica de las Rubaiyat que, sin habérselo propuesto, justifica a Nicolás en este aspecto de su obra. ''En el original — dice — son estrofas desunidas, escritas, es verdad, en un estilo uniforme de rebeldía y pesimismo, pero casi sin conexión entre una y otra cuarteta''. Inserta enseguida las conocidas definiciones del género de verso llamado ''rubai'', advierte que no es él propio ni exclusivo de Omar, pues Hafiz y Saadí también escribieron ''rubaiyat'', composición poética ''cuya propia naturaleza exige quede completa en cuatro líneas'', a diferencia de otras como el ''**Kasida**'' y el ''**Ghazal**'', esta última preferida de Hafiz. Y se termina el comentario con esta interesante afirmación: ''Es simplemente por eso, como consecuencia de la forma elegida por Omar, que sería vano tratar de buscar un sistema de conexión en sus Rubaiyat, excepto aquella que resulta de un estilo uniforme''. (PP. 21 y 22).

una paráfrasis, como la llama Joaquín V. González, y con esto ya se dice el escasísimo valor que la obra tiene como versión, que a título de tal, mejor realizada estará mientras más fielmente se ajuste al original. Por esto es que Jacobs puede decir que "Fitzgerald ha contribuído a extraviar el sentido de la poesía de Omar, por su selección y el método por el cual le dió unidad".

Como quiera que sea el lector habrá comprobado el desconcierto reinante en la interpretación de esta singular personalidad, que llévanos hasta encontrar apreciaciones tan dispares como la de Nicolas que cree en el Omar sufista y de John Payne que lo declara un decidido enemigo del sufismo.

Estoy más con los pocos que creen en el sufismo de Khayyám como filiación remota de su sentimiento y pensamiento, y aunque no crea que sus "Rubáiyát" sean un canto litúrgico de la religión de aquella secta. Me inclino en este sentido por el vocabulario y las imágenes empleadas, tan propias del usado por los adeptos del sufismo; por la gran semejanza — hasta el punto de atribuírseles mutuamente los del uno al otro — entre las "Rubáiyát" de Khayyám y las de Hafiz, a quien no se discute como sufista; por su desprecio por los cultos, tan propio del dogma sufi; pero muy especialmente, por el innegable y bien marcado sentido panteísta de su pensamiento, tan ajeno a la religión mahometana imperante en Persia durante la época en que vivió el poeta (siglo XI). Sin embargo, ¿no podría deducirse lo mismo que fué budista o vedantista, si se recuerda que durante aquellos tiempos la Persia estaba sometida a las influencias encontradas de tantas religiones? Moisés, Mahoma, Jesús, Budha y Brahamán.

Su escepticismo, su amarga desilusión, su incredulidad, ¿no serían el fruto de esta anarquía reinante en los espíritus a causa de aquella variedad de creencias y principios filosóficos? ¿O llegó a serlo a causa de su ciencia? Porque el cínico poeta de Nishapur fué al mismo tiempo el ilustre astrónomo del observatorio de Nerv, de la reforma del calendario y del "Zij Y Melik"; el matemático del tratado de Algebra; el filó-

sofo de "El Kawn wal taklif" y "El Wajud", libros de metafísica; el sabio autor del "Mizam el hukm", tratado científico: del más eminente conocedor de la lengua y filosofía griegas.

¿Qué importa, por lo demás, que fuera lo uno o lo otro; que la fuente de su inspiración estuviera en éste o en aquel lugar? Místico, incrédulo, sensual, anacreóntico, hereje, blasfemo, humorista o lo que se quiera, lo que por sobre todo cautiva en Omar Khayyyam es su inquietud de misterio, que rige como un "leit motiv" la armonía recóndita de sus poemas.

Quien los lea sentirá filtrársele furtivamente en el alma una especie de melancolía cósmica, sedante y deliciosa, que hace bien porque mientras dura el efecto del filtro mantiene libertado de la febril ansiedad de vivir, que ya condenaba el Eclesiastes.

Y luego, son también tonificantes para los espíritus fuertes que no se amilanen ante el espectáculo del hombre sufriendo la tragedia de su vano esfuerzo por descifrar el Arcano, el misterio de la creación. Es un sabio cargado de años y de ciencia el que proclama la impotencia del hombre frente a la Verdad:

"Yo he sembrado semilla de aquel saber arcano
y la ayudó a crecer la labor de mi mano:
y esta fué mi cosecha: — yo vine como el agua
y me voy de este mundo como va el viento vano".

Es el mismo investigador de las leyes universales, quien se rinde ante la fatalidad de la predestinación:

"Del primitivo barro se hizo el hombre primero
y se echó la semilla de la última cosecha;
y la primera aurora dejó escrito el letrero
que leerá la última de aquel juicio postrero".

Así le resulta de fatuo el espleudor de las riquezas y glorias de la vida:

"En palacios que alzaron al cielo sus pilares
y reyes a sus puertas curvaron las cabezas,
yo oí a la triste tórtola sola entre sus sillares
—"Cuú-cuú — gimiendo sus íntimos pesares".

Y así es de amarga la reflexión que lo lleva a repudiar a la Razón para tomar por consorte a la Hija de la Viña:

"Y tu hora no malgastes, ni en la conquista ociosa
de este o aquel engaño te empeñes ni disputes:
alégrate más bien con la uva generosa
que ir en pos de una fruta o ausente o venenosa".

Por fin, ante la impotencia de la pobre criatura humana que inútilmente golpea a las puertas del Gran Secreto, se lanza frenéticamente a vivir el fugaz instante de la existencia:

"¡Oh, dulce amada! Llena la copa que hoy liberta
de dolores pasados y nuevas inquietudes.
¡Mañana! ¿Y qué? Mañana, si mi vida despierta,
siete mil años idos llamarán a mi puerta".

En presencia del "viejo Omar", cuya silueta ojalá hubiera conseguido perfilar, puede concluirse esta reflexión: ¿Es tanta la importancia que en definitiva reviste saber si las "Rubáiyát" tienen o no un valor simbólico o significación esotérica, cuando de su sentido literal extraemos una tan fuerte emoción de belleza?

Cuando Joaquín V. González, llegado a los umbrales de la vejez, se acercó a mirarse en el estanque de lotos de la filosofía de los Vedas, tomó conocimiento simultáneamente de Kabir y de Omar Khayyám. Y en tanto que ardorosamente se embriagaba con las dulces enseñanzas de Amor que a través de Rabindranath Tagore le ofrecía aquel poeta refor-

mador de la India del siglo XIII, con su eclecticismo conciliador de los credos brahamánico y mahometano, dábase a gustar, bebiendo un sorbo cada noche, del néctar delicioso del poeta persa.

No podría decir con certeza a qué género de atracción obedeció su admiración por Khayyám en la planteada controversia sobre sus Rubáiyát, pero por lo que alguna vez le oyera, — si bien muy accidentalmente — como por la sensibilidad mística impresa a su espíritu por el contacto de la filosofía de los Upanishads, tengo para mí que halló en el alma de Omar el propio fondo que reconocía en la suya. Además, en el prólogo a la traducción de "La cosecha de la fruta" de Rabindranath Tagore hecha por Muzzio Sáenz Peña, y refiriéndose a la de las "Rubáiyát" debida al mismo autor, dice en una nota: "Entretanto, la versión popularizada en todo el mundo por su brevedad y por su lirismo personal, de Eduardo Fitzgerald, sólo contiene 75 *estrofas (refiérese a la* 2ª *edición); lo que nos autoriza a no llamarle una traducción sino más bien un trasiegue del texto originario en cristal inglés, quintaesenciado en las pocas estancias a que ha reducido las* 762 *"quatrains" o "rubai-yat" o estrofas del texto* (1).

Como epicureo sensual y libertino, no pudo jamás sentirlo el traductor argentino; esto es seguro. Como a sectario sufista que hiciera de sus "Rubáiyát" un canto litúrgico, es muy difícil que llegara a tomarlo. Como a un filósofo místico tocado del panteísmo sufista y de las rebeldías de la doctrina sufi, es lo más probable.

"Rubáiyát" son en verdad la primera y segunda parte de este libro, no obstante que a la última le pusiera el título de "Rimas Orientales", pues éstas son paráfrasis compuestas sobre las "Rubáiyát" tomadas de la traducción de Nicolás, edición de 1867, *reimpresa en* 1903 *por John Lane (Londres-New York) con versión inglesa de Baron Corvo e introducción de Nathan Haskell Dole.*

---

(1) Rabindranath Tagore; "**La Cosecha de la Fruta**". Versión castellana de C. Muzzio Sáenz Peña. Prefacio de Joaquín V. González. Buenos Aires, 1917. Pág. 23.

La primera parte está formada por la traslación al verso castellano de las ciento diez "rubáiyát" de la famosa versión poética de Edward Fitzgerald. Sabido es que el celebrado traductor irlandés, se sirvió para realizar su obra del manuscrito persa existente en la "Bodleian Library" de Oxford, que le dió a conocer e hizo accesible el profesor Cowell. Se tiene al manuscrito "bodleiano" por el más antiguo que se conozca hasta hoy (el copista lo fecha en Chiraz el año 1460), *y es generalmente aceptado como el más auténtico. Consta de* 158 *cuartetas que Fitzgerald redujo a* 110. *Para su versión no sólo seleccionó el original y aún le intercaló de otros manuscritos, como el de Calcuta, sino que además lo modificó en la disposición de las estancias, que según la costumbre árabe adoptada por los persas, se hallan por orden alfabético de rimas, para ofrecer las "rubáiyát"* (*plural de "rubai" o cuarteta*), *en una disposición que da correlación a las estrofas y hasta cierta hilación y unidad propios de un poema occidental.*

De las cinco ediciones que existen de la traducción de Fitzgerald, Joaquín V. González se sirvió de la segunda (1868), *notablemente corregida y aumentada sobre la primera, que sólo constaba de setenta y cinco estrofas y que, por otra parte, se lanzó en un limitadísimo tiraje de* 250 *ejemplares y en forma anónima, de suerte que puede considerársela inexistente.*

La obra del traductor argentino es de lo más escrupulosa, precisa y fiel que le fué dado obtener. La llama él "versión yuxtalineal" y con toda justeza porque ha vertido a la línea el verso inglés y conservado en lo posible las imágenes. La única excepción consiste en haber variado la rima del "rubai", que conservó Fitzgerald, para rematar la cuarteta con pareados, en vez de seguir la consonancia de primero, segundo y cuarto verso, como en aquel, dejando el segundo libre, en vez del tercero. Sé que esta modificación la hizo por encontrar más eufónico redoblar la cadencia en los dos últimos

versos. Sólo debe anotarse la excepción de las cuartetas 31 *y* 93.

Debe advertirse por último que, respetando la disposición de las estancias, el autor de esta obra introdujo la modificación de dividirlas en capítulos con sus respectivos títulos, posiblemente con el propósito de dar más claridad a las "Rubáiyát", convertidos por obra del genio de Fitzgerald en un poema occidental. Todo ello, en fin, induce a afirmar que González se propuso traducir a Fitzgerald y no a Khayyám, pues por la cita que tengo hecha y por la sustitución del vocablo "traducción", invariablemente empleado, por el de "paráfrasis", se ve que admiraba al inglés más como poeta que como traductor.

En las "Rimas Orientales" ya hay obra más personal. Tomando simplemente la idea central de los poemas de Khayyám, según la versión del persa al francés *hecha por Nicolás, tantas veces mencionado, González le ha dado un desarrollo original en cuanto a la forma, con adaptación de diversos metros y ritmos, según el tema y sentido de la composición.*

La traducción de J. B. Nicolas fué publicada en 1867, *siendo cónsul de Francia en Rescht, realizándola sobre una copia litografiada existente en Teheran (Persia), que consta de* 464 *"rubáiyát". Desde luego hay menos labor original que en la de Fitzgerald, a la que se tiene generalmente, más que otra cosa, por una joya de la literatura inglesa. Nicolas, en cambio, se ajustó al parecer y en toda forma al original, respetando la disposición deshilvanada de las estancias, el número de ellas, las repeticiones tan características de los poemas orientales, es decir, sin realizar labor alguna de depuración y selección. Por esto es que se presta admirablemente para glosar o parafrasear el pensamiento de Khayyam, pues aquello es oro en bruto que permite a cada cual cincelarlo a su modo. Así lo advirtió González y aprovechó a Nicolás en la forma más indicada.*

Joaquín V. González cierra su libro con el pequeño poe-

ma "La voz en el desierto", que forma parte con otras composiciones de lo que se conoce por "El Testamento de Omar Khayyam" (WASIYYAT). *Lo tradujo de la versión completa en inglés debida a Louis C. Alexander. Como quiera que la advertencia hecha por éste en su Introducción, explica la razón que seguramente tuvo en vista González para interesarse y decidirse a incluir la composición, me reduzco a transcribir el párrafo inicial del brevísimo prólogo con que Alexander pone en antecedentes a su lector:*

"Los poemas comprendidos bajo el título general "El Testamento de Omar Khayyám", son: "El Testamento de Omar Khayyám"; "Himno de Oración de Omar Khayyám"; "La voz en el desierto" (un poema corto); "Una canción". Hay también cuatro trozos breves: "Odas de los discípulos".

"Para quien conciba a Omar Khayyám solamente como al borracho y agnóstico — si no como al desesperado materialista e incrédulo, — de las "Rubáiyát", estos poemas serán una sorpresa y una revelación. El talentoso Fitzgerald tomó estos versos demasiado literalmente y fué así el intermediario que dió al mundo de habla inglesa un poema de extraordinaria belleza, al que con un poco de reflexión y cuidado habría privado de un daño incalculable".

El señor Alexander no da referencia alguna sobre las fuentes a que ha recurrido para su traducción.

Joaquín V. González tenía terminada la obra que hoy se publica, por lo menos cinco años antes de su muerte. A instancias mías, cuando una noche me la dió a conocer, me dijo que prefería más bien que figurase como obra póstuma. De sus méritos juzgarán otros, pero desde ya se destaca uno: es la primera versión en idioma castellano completa y en verso que aparece de la traducción de Edward Fitzgerald.

He preparado esta publicación ajustándome estrictamente al original dejado por mi padre, el cual se halla en un pe-

queño álbum como los usuales para escribir poesías, con la disposición que habría de tener en el libro. Con el estudio que he debido hacer a fin de asegurarme que lanzo una edición prolija, me habría bastado para agregar notas y referencias que posiblemente el autor hubiera hecho. Pero, en primer término, nunca me decidí a interponerme entre el autor y el lector, y luego que hubiera sido ocioso aplicar una vez más el cliché que ya existe y se repite en las ediciones corrientes, desde la biografía de Khayyám hasta la información de quien era Jamshid.

Este libro puede ser un breviario y cuando el lector termine de leerlo, me agradecerá sin duda que no lo importunase con la compañía de un "cicerone" en su vagar por los prados abstractos del pensamiento de Omar.

María Isabel Villamil, dilecta amiga mía, me asistió en la tarea como sólo puede hacerlo un espíritu de sus calidades. Con su completo dominio del inglés, su sensibilidad artística y su probada disposición para toda labor intelectual, me ha prestado una colaboración que compromete mi gratitud. Quede, pues, pública constancia de ella.

JULIO V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 29 de noviembre de 1926.

I.

RUBÁIYÁT

De estas perlas ideales el mar persa fué la cuna;
Apacibles resplandecen con rielar de plena luna.
Omar, el buzo divino, de la mar las arrebata,
Fitzgerald con hilo inglés en sartas vivas las ata.

Lowell.

I.—LA CARAVANA EN EL DESIERTO

1

DESPERTAD! Que ya el sol desde el remoto Oriente
Dispersó las estrellas de su sesión nocturna,
Y al escalar de nuevo el cielo iridescente
La regia torre ciñe con su lazada ardiente.

2

Antes que el brillo fátuo del alba se extinguiera,
Oigo una voz que dentro de la taberna grita:
—"Si el altar todo en luces para la fiesta espera,
"¿Por qué el tardo devoto duerme en la sombra afuera?"

3

Canta el gallo, y el grupo que a la intemperie queda,
—"¡Ea! abridnos, pues,—grita—nos resta un breve instante
"De aguardar nuestro turno, pues al girar la rueda,
"¿Quién hará que a este sitio volver otra vez pueda?"

4

Y ahora el nuevo año, renovando ansias muertas,
Al alma pensativa llama a la soledad
Donde Moisés asoma sus blancas manos yertas
Y Jesús resucita las llanuras desiertas.

5

Irán llevó sus rosas a donde nadie sabe,
Con la septanulada ánfora de Jamshid;
¡Oh! pero aún destila del vino el rubí suave
Y la fuente en el huerto canta su salmo grave.

6

Ya de David los labios selló la última arcilla;
Mas el Bulbul en sacro y mimético Pehlví,
"¡Vino!" a la rosa ofrece en rauda seguidilla
Para teñir de púrpura su marchita mejilla.

7

Ven a llenar mi copa, y en floreciente anhelo,
Echa de ti ese manto de contrición y duda;
El ave-tiempo apenas tiene luz para el vuelo,
Y ¡mira! ya sus alas está tendiendo al cielo.

8

Ya en Babilonia impía, ya en Nishapur, mi cuna,
Ya la copa os ofrezca dulce o amargo vino,
El de la vida filtra con tardez importuna,
Y las hojas sin savia van cayendo una a una.

9

El alba de mañana nos traerá primorosas
Nuevas rosas, mas ¿dónde se fueron las de ayer?
Pero el Estío llega desbordante de rosas,
Y Kaikobad, Jamshid volverán a sus fosas.

10

Y deja que se vayan! Libre el mundo se vea
De Kaikobad el Grande o Kaikhosrú el potente;
Y de Rustúm los gritos llamando "¡a la pelea!"
Y Hatim-Taí "¡a la orgía!" Allá se vayan, ¡ea!

11

Ven tú conmigo al margen de este oasis florido
Que pone nuevo verde al valle pedregoso:
Aquí "esclavo" y "sultán" duermen igual olvido,
Y—"paz a Mahmúd"—clama amor compadecido.

12

Aquí con un mendrugo, entre el gayo ramaje,
Una ánfora de vino, un manojo de versos,
Y tú conmigo, sola, cantando entre el boscaje,
Es para mí un paraíso el yermo más salvaje.

II.—LO FUGITIVO Y LO ETERNO

13

¡Cuántos la gloria buscan en este mundo vano!
¡Cuántos van tras los goces futuros del Profeta!
¡Oh! tu oro, poco o mucho, asegura en tu mano,
Ni te seduzca el eco de ese tambor lejano.

14

Si locura no fuese, cual la araña en su nido,
Cuidarías la tela de tu vida presente:
¿Y a qué, si nadie sabe si el aliento absorbido
Puede volver al aire de donde fué bebido?

15

Mira esa rosa cómo su aire de reina asume.
Ella sonríe y dice:—"Yo en esta tierra impero;
"De mi bolsa de seda el nudo se consume.
"Y vierte en los jardines la gracia del perfume."

16

Ni el que su oro guardara con sórdido decoro,
Ni los que lo arrojaron al viento cual la lluvia,
Ninguno fué enterrado como ceniza de oro
Para incitar las ansias de exhumar su tesoro.

17

La terrena esperanza do el alma se encadena
O se torna en cenizas o en el logro se colma,
Por sólo una o dos horas su loco andar serena,
Y a volar, cual del yermo la diluída arena.

18

Y piensa, amigo, que esta tienda desvencijada
A cuyas puertas túrnanse las noches y los días,
Fué de un sultán tras otro con su pompa habitada
Por breves horas y... de prisa abandonada.

19

Los leones y lagartos han hecho su guarida
Donde Jamshid brillara y hondamente bebiera;
Y de Bahrám forzudo la cabeza temida
Pisa el asno salvaje, mas no vuelve a la vida.

20

En palacios que al cielo alzaron sus pilares
Y reyes a sus puertas curvaron las cabezas,
Yo oí la triste tórtola sola entre sus sillares,
—"Cuú, cuú"—gimiendo sus íntimos pesares.

21

¡Oh, dulce amada! llena la copa que *hoy* liberta
De dolores pasados y nuevas inquietudes:
¡Mañana! ¿Y qué? Mañana, si mi vida despierta,
Siete mil años idos llamarán a mi puerta.

22

Porque aquellos que amamos con más santos amores,
En quienes ya el tiempo apuró su vendimia,
También su copa alzaron y ciñeron sus flores
Y a reposar se fueron hacia mundos mejores.

23

Y nosotros que el fausto de este Estío gozamos
En la cámara misma que abandonaron ellos,
A su capa de tierra a nuestra vez bajamos
A formar otra capa... ¿y a quién se la dejamos?

24

Pienso a veces que nunca la rosa abrió más roja
Que sobre el suelo ungido por la sangre de un César;
Y el jacinto glorioso que del sol se sonroja,
De una cabeza antigua caído al surco se antoja.

25

Y esta hierba preciosa cuyo verde apacible
Guarnece la ribera que nos hospeda grata,
Pisa en ella muy suave, pues saber no es posible
De qué labios amantes ella brota invisible.

26

¡Oh, sí! apresuremos nuestro humano trajín,
Antes que suene la hora de bajar hasta el polvo...
Polvo al polvo y debajo yacer del polvo ruín,
Sin vino, sin canciones, sin cantar y... sin fin!

III.—AYER, HOY, MAÑANA

27

Aquellos que del *hoy* aguardan su ventura,
Y a los que en el *mañana* fijaron su esperanza,
Un muezin les grita desde la torre oscura:
—"¡Locos! ni aquí ni allí, vuestra paga es segura!"

28

En sueños otra voz que me repite, advierto:
—"La flor abrirá al beso de la nueva mañana;"
Mas un rumor que pasa me dice, ya despierto:
—"La flor que ayer abrió, dió su aroma y ha muerto".

29

Y los santos y sabios y rígidos ascetas,
Que de ambos universos el estudio agotaron,
Son arrojados fuera como locos profetas,
Sus bocas y palabras del mismo polvo prietas.

30

Oh! cuando yo fuí joven ávido he frecuentado
Los santos y doctores, y oí cosas sublimes
Sobre esto y sobre aquello; más siempre me ha pasado
Volverme por la puerta por donde había entrado.

31

Yo he sembrado semilla de aquel saber arcano,
Y la ayudó a crecer la labor de mi mano;
Y esta fué mi cosecha:—"Yo vine como el agua
Y me voy de este mundo como va el viento vano".

32

Llegado a este Universo el *porqué* ignorando
Y el *de dónde,* como agua que quiéralo o no corre,
Salgo de él como el viento que, el desierto cruzando,
Sin saber *hacia donde* quiera o no sigue andando.

33

¿Y qué? ¿y así me traen desde un *donde* cualquiera
Y desde *aquí* hacia *allá,* sin pulsar mi albedrío?
¡Si el cielo, al menos, darnos siempre el vino quisiera,
Que ahogue este recuerdo que a la mente lacera!

IV.—EL GRAN SECRETO

34

Por la séptima puerta, sidéreo peregrino,
Volé y fuí a sentarme de Saturno en el trono.
Muchos cerrados nudos desaté en mi camino,
Màs no el nudo maestro del humano destino.

35

Y allí estaba la puerta cuya llave no ví;
Y allí se alzaba el velo que lo ocultaba todo...
Un vago murmura cerca de *Tí* y de *Mí*
Se escuchó... y después nada, ni de *Mí* ni de *Tí*.

36

Nada pudo la Tierra decir, ni el taciturno
Mar que en flúida púrpura su ausente Dios implora;
Ni el cielo a quien mil signos pregonan, y a su turno
Velan la luz del día y el luminar nocturno.

37

Luego al *Tú en Mi* que oculto tras el velo infinito
Incesante labora, en mi extravío invoco:
—¿"Con qué lumbre orientarme en mi vagar fortuito?"
—"¡Con una mente ciega!"—se contesta a mi grito.

38

Después el labio frío de este vaso terreno
Besé, en pos del Secreto del Pozo de la Vida,
Y a mi ardiente contacto,—"¡Bebe, dijo, sin freno
En vida, antes que duermas en el eterno seno!"

39

Y pienso que aquel vaso que tímido me hablara,
También vivió su vida y bebió con deleite;
Y su labio impasible que en mi sed yo besara,
¡Cuántos besos sintiera y ¡ay! cuántos otorgara!

40

Y recuerdo que un día mi paso se detuvo
Por ver un alfarero que batía su barro;
Y el barro en frase tímida su frenesí contuvo:
—"¡Suave, hermano, mi forma también tu forma tuvo!"

41

¿Y no es esta la misma milenaria balada
Que desde el primer hombre historia abajo rueda,
Sobre aquella bolilla de tierra fecundada
Que dentro el limo humano dejó Dios encerrada?

42

Y ni una de esas gotas que de la copa echamos
A la sedienta hierba, se escurrió bajo tierra,
A mitigar la angustia de un alma que olvidamos
Y muy hondo y muy lejos en el tiempo dejamos.

43

Como los tulipanes en su sed inexhausta
De celeste vendimia sus cálices elevan,
Tu podrás desde arriba conjurar tu hada infausta
Inclinándote a tierra como una copa exhausta.

44

Mientras del breve viaje el fin no se resuelva
Puedes la amada forma ceñir entre tus brazos,
Antes que el alma tierra a recobrarte vuelva
Y en la última caricia en polvo te disuelva.

45

Si la copa en que libas, si el labio que oprimiste
Acaban donde todo comienza y se concluye,
Piensa que ahora eres el mismo que ayer fuiste,
Y más allá no harías nada más que aquí hiciste.

46

Cuando el Angel, copero de aquel brevaje oscuro,
Te halle sentado al margen del río confidente,
Y te ofrezca su néctar, no huyas del conjuro:
Toma y bebe hasta el fondo con ánimo seguro.

47

Ni temas que al ajuste de tu vida irredenta
Pueda romperse el molde, ni extinguirse tu tipo:
El Saki eterno ha echado, en innúmera cuenta.
De esas mismas burbujas en la copa sedienta.

48

Cuando hayamos cruzado tú y yo el negro velo,
¡Oh! el mundo impasible continuará su ronda;
Nuestra venida y vuelta le darán tal recelo
Como al mar si le arrojas un guijarro del suelo.

49

¡Un punto de reposo y en la ruta desierta
Gustar solo una gota del agua de la vida!
Las estrellas se apagan. La caravana alerta
Parte ya hacia la Nada: ¡ya es la hora, despierta!

50

¿Y necio gastarías en pos del Gran Secreto
Esta brizna de vida? Un cabello, nos dicen,
De lo cierto y lo falso forma el espacio neto.
Y el hilo de la vida ¿de dónde está sujeto?

51

¡Qué un cabello lo falso de lo cierto separa!
¡Oh, sí! Aunque un tilde fuese la seña guiadora,
Acaso hasta el oculto Tesoro te llevara,
Y contemplar pudieras al Señor ante su Ara.

52

Su presencia difusa por las arterias rueda
Del mundo como azogue, para ahorrarte su busca:
Desde Máhi hasta Máh, toda forma remeda;
Todo muda o perece, mas El inmune queda.

53

Un momento fantástico y luego al negro abismo
Volver con igual prisa, do el drama se despliega,
En que para solaz del eterno humorismo,
El lo inventa, es artífice y actor a un tiempo mismo.

54

Si en vano bajo el suelo con avidez sondeas
Y hacia arriba, a esa Puerta sin término sellada,
—*Hoy*, mientras seas tú y un sentido poseas,—
¿Qué harás *mañana* cuando ni tú ni nada seas?

V.—LA MAGIA DE LA VIÑA

55

¡Oh!, no más te atormente lo humano y lo divino,
Y que el mañana sólo desate su madeja:
¡Hunde tus dedos muelles en el ébano fino
De las trenzas de alguna flexible Hada del vino!

56

Y tu hora no malgastes, ni en la conquista ociosa
De este o aquel engaño te empeñes ni disputes:
Alégrate más bien con la uva generosa,
Que ir en pos de una fruta o ausente o venenosa.

57

Y bien sabéis amigos con cual altivo porte
De mi nuevo himeneo celebré el festival,
La Razón repudiando de mi lecho y mi corte,
Y a la Hija de la Viña tomando por consorte.

58

Si al "es" como al "no es", en cierta ley y norma,
Y al "abajo" y "arriba" con lógica defino,
De todo lo que he visto en la sensible forma,
Lo más hondo es el vino que en su alma se transforma.

59

Mas mis computaciones—se dice—punto a punto,
Han ajustado el año a la humana medida;
Y si es así arranca, de un golpe y todo junto,
El "mañana" aún innato y el "ayer" ya difunto.

60

Y poco ha en la Taberna, por la puerta fluía,
Filtrándose en la sombra, una silueta de Angel.
Una pintada cuba sobre su hombro traía;
La sentí, y de la uva el sabor trascendía.

61

La uva, sí, que puede con lógica absoluta
Las setenta y dos sectas rivales confundir
Con su Alquimia; que al plomo de nuestra vida bruta
En un triz de maniobra en oro lo transmuta.

62

Y el potente Mahmúd que aliento de Allah aspira,
La tenebrosa turba, la temerosa horda
De espantos y tristezas, que nuestra alma transpira,
Dispersa con su espada que en torbellino gira.

63

Y si esta esencia fuese de Dios un atributo,
¿Quién blasfemar podría de la vid como un lazo?
Y si es un crimen ¿quién nos mandó su tributo?
Antes, pués, como gracia gustemos de su fruto.

64

Debo abjurar del Bálsamo de vida, sí, ya es hora,
Antes que nuevas tasas pague mi fe sincera
O al ir en pos de alguna Bebida redentora
Mi vaso caiga al polvo que todo lo devora.

65

Si la secta de abstemios del amor y del vino
Sola es llamada al goce del Edén del Profeta,
¡Ay! temo que el Eden, con su encanto divino,
Vaya a quedar desierto, sin fieles ni destino.

66

¡Amagos del Infierno! ¡Promesas del Paraíso!
Sólo es cierta una cosa,—¡qué nuestra vida vuela!
Sólo es cierta una cosa, lo demás falso viso:
La flor que un día abriera por siempre se deshizo.

VI.—EL VUELO DEL ALMA

67

Y caso extraño ¿no? De las vidas aquellas
Que primero pasaron tras la cortina oscura,
Ninguna aquí retorna a mostrarnos sus huellas,
Para abrir nuevas rutas por entre las estrellas.

68

Y las revelaciones del sabio y del devoto,
Que profetas ungidos en llamas difundieron,
¿Qué son sino consejos de un ensueño remoto,
Dichos y al punto vueltos a su dormir ignoto?

69

Porque si el alma puede dejar su polvo turbio,
Y cabalgar desnuda por los campos del cielo
¿No es acaso vergüenza, no es un fatal disturbio
Habitar por más tiempo en este vil suburbio?

70

Y este es solo una tienda donde un sultán reposa
Mientras va de camino al reino de la muerte:
Sale el sultán y al punto un hosco peón de fosa
La alza y para otro huésped la adereza lujosa.

71

Y yo envié mi alma tras lo Invisible eterno,
Del *más allá* una carta buscando descifrar;
Tras una larga angustia de mi conflicto interno,
Vuelve y me lee:—''Mira: yo soy Cielo e Infierno''.

72

Cielo es solo visión del Deseo cumplido,
Y el Infierno la sombra de un alma de ansia presa,
Lanzada a esta tiniebla donde, apenas surgido,
El hombre ha de quedar en polvo convertido.

73

Y al fin no somos más que una movible fila
De fantásticas formas que vienen y que van
En torno a esta Linterna del Sol, que alumbra, oscila,
Y el Maestro abre y cierra cual mágica pupila.

74

Nosotros,—piezas mudas del juego que Él despliega—
Sobre el tablero abierto de noches y de días:
Aquí y allá las mueve, las une, las despega,
Y una a una en la Caja al final las relega.

75

La Bola nada inquiere de *sí,* ni *nó,* ni modo.
Y el jugador doquiera de un lado al otro corre:
Pero Él, que los echara en el campo del lodo,
Todo de ellos lo sabe; ¡oh, todo, todo, todo!

76

Su índice el fallo escribe. Si tu piedad impetra,
Si tu ingenio excogita, si tu fé intercede
Por borrar una línea, tu voz nunca penetra,
Ni tus lágrimas juntas borrarán una letra.

VII.—PREDESTINACION

77

QUE el Doctor y el Filósofo sigan en su faena
De hablar de lo que quieran y de lo no pensado:
Todo no es más que un tramo de infinita cadena
Que nadie mueve, corta, ni hace girar, ni enfrena.

78

Y a esa crátera inversa del cielo que te escuda,
Bajo el cual, rampantes, vivimos y morimos,
No le tiendas la mano en súplica de ayuda,
Pués, como tú y yo gira tan impotente y muda!

79

Del primitivo barro se hizo el hombre primero,
Y se echó la semilla de la última cosecha;
Y la primera aurora dejó escrito el letrero
Que leerá la última de aquel Juicio postrero.

80

El *ayer* ya dispuso del *hoy* la suerte triste,
Y el silencio y el triunfo y el dolor del *mañana*:
Bebe! pués que no sabes *cuándo* y *porqué* viniste,
E ignoras *porqué* y *dónde* predestinado fuiste.

81

Cuando el corcel flamígero de estrellas fué domado
Y fijos los destinos de Parwin y Mushtaví,
Mi sino fué ya escrito dentro del desmedrado
Gramo de polvo y alma para mi prefijado.

82

La vid dió brote, y mi alma de su esencia fué ungida;
Y, aunque ria el Derviche, de mi metal plebeyo
Puedo forjar la llave para darle subida
Cuando aülle a la puerta su alma despavorida.

83

Y esto más sé: ya sea que la luz verdadera
En amor me deleite o en ansia me consuma,
Un solo rayo suyo que en mi copa encendiera
Es mejor que en el templo perderla toda entera.

84

Por cierto que más vale desde la inocua Nada
Hacer vivir un algo de conciencia o sentido,
Que soportar el yugo de la dicha vedada,
Con penas infinitas si la ley es violada.

85

Cómo! Ser resarcido por la inmane criatura,
En oro vivo, de eso en vil mezcla prestado;
Por deuda no debida ser juzgada perjura,
Sin poder replicar. ¡Oh, mercancía impura!

86

No será por temer su mirada severa:
No confundir os juro su gracia y su injusticia;
Y al cobarde que tales confesiones hiciera,
De la taberna echáronle por la ventana afuera.

87

¡Oh, Tú! que de celadas sin cuenta y sin medida
De mi paso errabundo sembraste el derrotero,
¿No harás que un mal prefijo mi caminar impida
E impute luego a crimen mi segura caída?

88

¡Oh Tú! que al hombre hiciste de la arcilla más vil,
Y en el Edén, oculto, le pusiste al reptil:
De toda humana falta que su vida mancilla
Dale el perdón y el suyo recibe Tú ¡es gentil!

VIII.—EL COLOQUIO DE LAS ÁNFORAS

89

Oye más: una noche, entre el rumor postrero
Del Ramazán, y antes que la luna se alzara,
Quedéme solo dentro de un taller de alfarero,
Por su pueblo de arcilla rodeado y prisionero.

90

Y esta vez, entre todos, la voz desvanecida
Circula cual si fuese el chirrido medroso
De cenizas de alguna lengua ha tiempo extinguida,
Que mi oído excitado devolviese a la vida.

91

Entonces uno dijo:—"No fué vano el intento
"De amasar mi substancia con la más vil materia:
"El que, sutil, me diera la forma que hoy ostento,
"Podría en tierra informe tornarme en un momento".

92

Y otro replica:—"¿Y qué? ¿Acaso no podría
"Un niño que en la copa escanció con deleite,
"Romperla, y el que la hizo de amor y fantasía,
"No la quebrara acaso de cólera algún día?"

93

Nadie dió la respuesta; pero tras breve pausa,
Otro vaso de menos arrogante figura,
"—Me burlan—dice—por mi menguada apostura;
"¿La mano del artista tembló, pués, por mi causa?"

94

Con la muerte y la vida el mismo *qué* inquiero;
El *porqué* siempre listo, pero no el *por tanto;*
Y así otro vaso anónimo interroga certero:
—"¿Quién aquí es la vasija y quién el alfarero?"

95

Dijo uno:—"Todos hablan de un Señor inmutable,
"Y su rostro le tiñen con humo del Infierno,
"Y también de un juicio último de rigor implacable...
"Mas es buen camarada y todo irá admirable".

96

—"Bien,—otro habló—si así es, probémoslo conmigo:
"Mi arcilla, por olvido del Maestro, se ha secado;
"Mas llenadme de nuevo del viejo vino amigo
"Y veréis con qué gracia mi frescor os prodigo!"

97

Y mientras que los vasos van así departiendo,
Otro espiaba hacia afuera la luna en el creciente:
Y habló: "Hermano, hermano!—el Shawwal presintiendo.
"Ya el nudo de la bolsa se abre, ya está crugiendo!"

X.—EL OCASO DEL ASTRO

98

Ah! reanimad con uva mi marchitada vida;
Ungidme en sus aromas si ya es mi último sueño;
Y envuelto de hojas secas en túnica florida
Dejadme entre las frondas de una huerta escondida;

99

Para que, reviviendo por la vernal tibieza,
Pueda enviar mis adioses a los viejos amigos,
En la rama que al muro se inclina y se adereza
Para verter sus flores por sobre su cabeza;

100

Para que mis cenizas, como el vástago altivo
De la viña, el espacio en espiral escalen,
Y así, el buen creyente, si pasa pensativo,
No quedará enredado por absorto o esquivo.

101

¡Ah! y en verdad los ídolos que yo amé con pasión,
Mucho daño me hicieron a los ojos del mundo:
En frágil copa ahogaron mi gloria y mi ambición,
Y mi fama vendieron por una vil canción.

102

Es cierto, sí, es cierto: yo prometí enmendarme.
Lo juré, ¿mas estaba en mi juicio al jurarlo?
La Primavera vino sus rosas a ofrendarme...
Y de mi contrición la túnica a rasgarme.

103

Y aunque el vino el sainete del infiel me jugara,
Y aunque me despojase de mi traje de honor,
Yo admiro siempre cómo el viñador comprara
Tal merca por venderla la mitad menos cara.

104

¡Ah! y esta Primavera marchitará sus rosas.
Se cerrará este escrito de juvenil perfume;
Y el *bulbul* que en sus frondas ritmó piedras preciosas,
¿Dónde tendió—quién sabe—sus alas misteriosas?

105

¡Si al menos de la Fuente del Desierto surgiese
Una vaga vislumbre que el rumbo revelase!
El caminante exánime al frescor reviviese
Cual la hierba del campo que el rocío reverdece.

106

¡Ah! si fuese posible rehacer el Universo,
Cerrar a nuestro antojo el libro del destino;
El Autor en un folio más sonrosado y terso
Grabara nuestros nombres..., o borrara su verso.

107

¡Cuánto mejor no fuera del catálogo arcano
Borrar del Universo toda alma infortunada,
Que engrosar gota a gota del infortunio humano
Los ríos que se llevan al Infinito Oceano!

108

¡Oh Amor, si pudiéramos con ayuda del Hado
Tachar de un rasgo solo todo este embrión de cosas!
Vuelto de nuevo a polvo, lo habríamos forjado
Más cercano a la forma que hubiésemos soñado.

109

Mas la luna del cielo, al subir al Creciente,
Nos mira ¡oh dulce amada! tras el trémulo llano.
¡Cuántas veces, más tarde, me buscará impaciente,
Entre estas mismas hojas, y... vana, vanamente...

110

Y cuando el pie de nácar tú deslices un día
Por las tumbas dispersas sobre esta hierba mustia,
Y en tu vagar abstracto llegues hasta la mía,
Vuelca tu copa y quede para siempre vacía!

Así sea.

II.

RIMAS ORIENTALES

I.—CONFIDENCIALES

I

Corazón

Más que cien Kaabas hechas de agua y tierra
Vale en la vida un noble corazón;
En los países del *mañana* aferra
Cuantos puedas al propio corazón,
Y en las tierras del *hoy*, de un puro amigo
Adhiérete por siempre al corazón.

Deja ya de la Kaaba el falso abrigo,
Y corre al mundo en pos de un corazón.

II

El lenguaje misterioso

Este rubí precioso fué extraído
Del fondo de una mina ignota y rara,
Y esta perla purísima y sin copia
En seno oculto de la mar fué hallada...

Mas digo mal: ni mina ni oceano
De otras minas u océanos se apartan:
Sólo el secreto del amor se expresa
En lengua de los hombres ignorada.

III

Soy así

¿Que yo del vino soy devoto ciego?
    Y bien, lo soy.
¿Que soy infiel, idólatra del fuego?
    Y bien, lo soy.

Cada uno de mí en su idea fía;
Mas yo, dueño de mí, tengo la mía:
    Soy lo que soy.

IV

El vino del amor

El pobre corazón de angustia herido
Y de locura, no podrá curarse
De esta embriaguez de amor, ni libertarse
De la prisión donde quedó sumido.

Pienso que el día de la creación
En que el vino de amor fué al hombre dado,
El que llenó mi copa fué escanciado
Con sangre de mi propio corazón.

V

Renovación

La rueda de los cielos rauda gira
Aun después de mi muerte y de la tuya;
Y porque nuestra pena no concluya,
Contra tu alma y mi alma ella conspira.

Ven sobre el verde césped, dulce Amor,
Reposa en mí tu frente pensativa;
Sólo nos resta una hora fugitiva
De descansar sobre esta hierba en flor.

Después... vendrá otra hierba aún más fresca
Del suelo que de amor se fertiliza,
Cuando de tu ceniza y mi ceniza
La nueva savia en su eclosión florezca.

VI

Incógnita

Sí, yo sé, mi persona toda es bella,
Delicioso el perfume que ella exhala,
El rosa mío al de la rosa iguala,
Mi línea al lado del ciprés, descuella.

Mas, con todo, esta incógnita me aterra:
¿Por qué mi alto Escultor me hizo de tierra?

VII

La hez del vino

Si de mi juventud es hoy la fiesta,
La ofrendaré del alba hasta el ocaso,
Apurando a placer vaso tras vaso
El viejo vino que a soñar apresta.

Si la halláis en sus heces escondida,
No maldigáis, amigos, su amargura,
Porque fué su exquisita levadura
Esencia de mi sangre y de mi vida.

VIII

El ánfora simbólica

Esta exhumada ánfora de arcilla
Fué en su tiempo lo que yo soy ahora:
Un amante no amado, mas que adora,
Y de fe y de pasión es maravilla.

Y estas dos asas de su cuello erguido
Que al libador ofrécense, anhelante,
Fueron los brazos de un feliz amante...
Y así quedó, y el vaso fué cocido...

IX

La copa viva

Hoy ella vió del alfarero mago
De vasos la magnífica teoría,
De toda forma y toda edad, y había
En todos ellos un misterio vago.

Su emoción al sentir, dijo el artista:
—"Todos fuimos arcilla y estos fueron
Reyes, poetas y amantes que murieron
Legando al polvo sútil su conquista.

"El Espíritu, el vino de la tierra
Busca en cada vasija al propio dueño,
Queriendo ansioso revivir su ensueño
Al contacto del vaso que lo encierra.

"Mira, toma esta copa, ya palpita
Al verte aproximar; no espere en vano
El beso de tu boca o de tu mano,
Que un muerto amor por renacer se agita".

Y al acercar el labio, con su aliento
Cobró vida el Espíritu dormido;
Una palabra murmuró a su oído,
Y eran su misma voz, su mismo acento.

¡Ay! y el viejo Khayyám, un vivo muerto,
Canta el milagro de aquel muerto vivo,
Y se marcha en silencio, pensativo,
A contar sus tristezas al Desierto.

X

La inquietud eterna

Amor que sólo vive en este mundo,
Fulgor de pensamiento no refleja,
Y como el fuego a medias extinguido
Ya no enviará calor hasta las venas.

Mas el amor que vive idea y alma
Y alcanza la recóndita belleza,
Ese no ve en los años, ni en los meses
Ni en los días y noches una tregua:

No ha de saber qué sean, ni el reposo,
Ni la serenidad, ni la fe buena,
Ni ha de nutrir la carne, ni habrá nunca
Noche en que el sueño a sus pupilas vuelva.

XI

Bautismo de sangre

Arrebatada por la loca rueda
De la fortuna caprichosa y vana,
Que sólo a los mediocres favorece,
En angustia y dolor mi vida pasa.

Y en el jardín de las terrenas cosas
Mi alma como un capullo está cerrada,
Y como el tulipán de hojas de seda,
En bautismo de sangre se consagra.

XII

Sed inextinguible

El amor está en la cima de su llama,
Mi amada en el zenit de su hermosura,
Mi corazón desborda de ternura
Y ebrio de inspiración mi mente inflama.

Siento en mi alma desbordar los ríos
De mis palabras y de mis canciones,
Y al querer modular sus expresiones,
Mudos siento temblar los labios míos.

Gran Dios ¿qué extraño caos en mí impera?
Mientras por mí en riënte primavera
Fresca surgente de agua viva pasa,
Inextinguible sed mi pecho abrasa.

XIII

Renacimiento

Ya es la estación de las rosas:
El corazón renaciente,
Anuncio heráldico siente
De libertades preciosas.

Tengo ideas primorosas,
De locuras sed ardiente,
Desafiando irreverente
Del Korán reglas famosas:

En la dulce compañía
De la dilecta alma mía
Libar el néctar carmíneo;
Y el resto el suelo al ungir,
Tapiz rojo hará surgir
Para su pié apolíneo.

XIV

Iconoclastia

¿Crees tú que en el alma del artista
   Que un día ideó y cinceló la copa,
Puede nacer el demoníaco sueño
      De verla rota?

¡Oh! tú no crees, como yo no creo,
Que la divina mente creadora
Quiera destruir lo que en deliquio sacro
      La mano forja.

Si es así, y las cabezas apolíneas,
Los brazos y las manos que la forma
Femenina hasta el éxtasis exultan,
Han de reunirse al polvo de la fosa,

¿Por cuál extraño amor fueron forjados,
Y por cuál odio vil son mutilados?

XV

Agua y sal

Cuando la sed la lengua paraliza
Y el sol arroja chispas de su fragua,
Toda la tierra en coro diviniza
La gota de agua.

Yo aplico el labio a la impregnada greda,
Bebo con ansia convulsiva y larga;
Y es la última gota,—la que queda—
La gota amarga.

El hambre fuí a saciar de mis faenas,
A consumir el pan de mi salario,
Mezclando con la sangre de mis venas
Todo mi ideario;

Lo impregné de la sal de los sabores,
Por propiciar los númenes felices,
Y la sal reabrió en sangrientas flores
Del corazón las viejas cicatrices.

—ETICAS

XVI

La vida universal

La justicia es el alma de este mundo,
Y este mundo es su cuerpo y nada más;
Sus sentidos, los ángeles; sus miembros,
Las cosas en su inmensa variedad:
Lo cierto es sólo la Unidad Eterna,
Mentira lo demás.

XVII

El más fuerte

He visto un hombre que al huir del mundo
Halló su pan en tierra desolada:
No fué un hereje ni un *muslim* profundo,
No tuvo bienes ni creencia en nada,
Ni en verdades, ni en dudas, ni en la muerte.

¿Quién en el mundo pudo ser más fuerte?

XVIII

Mi interrogante

Oh, pobrecita alma mía!
Si el llorar y el disolverte
Hasta la sangre y la muerte
Es tu condena sombría;
Si el alba de cada día
Te trae un nuevo tormento,
Dime, alma, tu pensamiento:
¿Qué has venido a hacer aquí,
Si no has de vivir en mí
Más que el lapso de un momento?

XIX

Mis dos secretos

¿Cómo queréis que los secretos míos
Con la misma confianza los revele
A justos y a malvados y no vele
Por la intangible unción de mi ideal?

Yo no puedo a ignorantes y a impíos
Explayar gérmenes de pensamientos
Donde duermen terribles argumentos,
Que el gran misterio pueden develar...

Sé de un sitio en el cielo indescriptible:
Y un secreto que dar me es imposible.

XX

. . . . .

No hay alma que no llore por tu ausencia,
Hasta fundirse en lágrimas de sangre;
No hay ser vidente que al mirar tus gracias
Preso de sus hechizos no se encante.

Y al ver que tú por nadie te interesas,
Todos cautivos a tus plantas caen.

XXI

Nada

Has recorrido el mundo palmo a palmo,
Y todo aquello que en el mundo viste,
Es nada, nada;

Has sentido pasar como un ensalmo
Músicas y palabras: cuanto oíste,
Es nada, nada;

Al Universo todo lo has medido,
Y el Universo en su infinita anchura,
Es nada, nada;

Por fin en el rincón te has escondido
De tu alcoba, y ¿qué vió tu desventura?
Nada, nada, nada!

XXII

El viaje eterno

Triste Khayyám, tu cuerpo es una tienda,
Y el alma que la habita es su Sultán;
Su horizonte, desierto y más desierto,
La Nada, su final.

Cuando el Sultán la tienda ha abandonado
Sepultureros a destruirla van,
Y a alzarla en otra etapa del viaje
Que no acaba jamás.

XXIII

El telar de la ciencia

Fabricante de tiendas fué tu padre,
Y tú, Khayyám, ingrato al noble oficio,
Tras no sé qué ignorado beneficio,
Tiendas de ciencia te pusiste a hacer.

La Parca con sus fúnebres tijeras
Cortó en pedazos tu telar flamante...
Y luego, un baratero trashumante,
"Por lo que den" los hubo de vender.

XXIV

La justa misericordia

Oh, Dios! tú eres piadoso:
Misericordia y clemencia
Son tu virtud y tu esencia
Para este mundo afanoso.

¿Por qué a nuestro padre Adán
Del Edén echaste, cruel,
Si las que juzgaste en el
Culpas, en tu mente están?

Si por fiel perdón me dieras,
No es tal tu piedad sublime:
El perdón sólo redime
Al que es pecador de veras.

XXV

Lo que pasa

¡Qué raudo el tiempo pasó
De la ardiente adolescencia!
La primaveral esencia
Del placer se evaneció.

De la Juventud el ave
De plumaje bizantino,
¿Quién sabe cuándo aquí vino
Y cuándo se fué ¿quién sabe?

XVI

Vida beata

Oh! mil veces dichosa
Alma del que pasó desconocido,
Que el *djubeh* del magnate no ha vestido,
Ni del soldado la *derreh* nudosa,
Ni del Sufi la estola pretenciosa.

¡Ah! pero él fué como el Simoug sagrado
Por el ideal al cielo levantado,
En vez de sumergirse en las neblinas
Del mundo, como el buho entre las ruinas,
Y ser por sus escombros aplastado.

XXVII

Fariseísmo

Sé de ignorantes que jamás pasaron
Una vigilia en pos de una verdad,
Y más allá de sus carnales muros
Un solo paso no dieron jamás.

Pero son ellos los que visten toga
Y en aire de señores graves van;
Y son ellos los viles detractores
Del Puro, a quien jamás comprenderán.

XXVIII

Ofuscación

Todos los que a la tumba han descendido,
En cenizas o en polvo se han disuelto;
Sus átomos sin liga, se han revuelto,
Y aquí y allí dispersos se han perdido.

¡Ah, Señor! ¿qué diabólico brevaje
Es este que los hombre han libado,
Que en locos sin remedio se han trocado
Para ofuscarse más en su miraje?

Y así del Gran Problema ni un indicio
Tendrán, hasta que llegue el postrer juicio.

XXIX

Divina complicidad

Cuando Dios mi barro asía
Y mi cuerpo modelaba,
Ya sabía, ya ordenaba
Todo lo que yo sería.

Y si un pecador he sido,
El parte en mi sino fué:
Entonces, digo, ¿por qué
En el Infierno me ha hundido?

XXX

Perlas e ideas

Y ahora me voy a marchar,
Y será triste este día:
De cien perlas que tenía
Sólo una pude engarzar.

¡Ay! de la vida al través,
Las ideas por miriadas
Del hombre, deja ignoradas
La ceguera o la estultez.

XXXI

El veneno y el antídoto

De este viejo Khayyám oye el consejo:
Busca siempre del sabio la amistad;
De los que viven en honestidad
Sea la vida para ti un espejo.

Que la distancia de la tierra al cielo
Te aleje del estulto e ignorante,
Y la luz de tu fe vaya delante
Para alumbrar las rutas de tu vuelo.

Si un hombre de saber te da un veneno,
Bebe sin vacilar el vaso lleno;
Del tonto, aunque el antídoto te ofrezca,
Vuelca la copa, aunque todo perezca.

XXXII

Problema insoluble

Pusiste en mí pasiones indomables
Y un deseo tenaz que me devora;
Su emperativo impúlsame a saciarlas,
Pero lo vedan tus sagradas normas.

La pobre humanidad vacila y gime
Entre los dos extremos de tu dogma:
Tú le prohibes derramar el vino,
Pero le ordenas inclinar la copa.

XXXIII

Lo fugitivo y lo eterno

Si quisieras escucharme
Te podría aconsejar:
Sabes que la ciencia mía
Es verdad.

Mira, no vale la pena
De revestir el talar
Manto de la hipocresía,
Que es falsedad.

Ve que no tiene comienzo
Ni fin la inmortalidad:
No vendas por un instante
Tu eternidad.

XXXIV

Injusticia y desigualdad

I

Oh, qué dolor que en este horno candente
Donde se ha de fundir la masa humana,
Sean los *crudos* más favorecidos
Con el pan más *cocido* de la hornada.

Y que en este taller de forma y peso
Donde cada uno su porción aguarda,
Sean los *incompletos* los que lleven
La más *completa* dote de la fábrica.

Cuando los ojos de las odaliscas
Son dulce regocijo para el alma,
Han de ser estudiantes, aprendices
Y esclavos los que gocen sus miradas.

II

¿Y por qué un hombre que sólo recibe
Por su faena un pan para dos días,
Y que en un tiesto desdentado bebe
De la cisterna el agua cristalina,

Por qué ha de amoldarse a servidumbre
De quien no vale por su propia miga,
Y ha de rendir su libertad a otro hombre
Que es su igual por las leyes de la vida?

Oh, Señor, que los mundos has creado:
Tú les trazaste una órbita exclusiva,
Fundaste un orden y equilibrio eternos
Sin choques, ni ambiciones, ni conquistas:

¿Por qué sólo a esta mísera criatura
Le diste una alma inquieta e infinita?
¿Debe romper el orden de los mundos?
¿Debe alterar el fiel de tu justicia?

III.—MÍSTICAS

XXXV

Moisés y Jesús

Llegó el instante en que la tierra entera
Va a adornarse de gracias y verdura,
Y de Moisés por entre la espesura
La mano evocará a la Primavera;

En que, animados del divino aliento
De Jesús vivo que en los campos yerra,
Van a surgir del fondo de la tierra
Los retoños, al sacro encantamiento.

Y la nube, al pasar, del rayo herida
Hará llover sus lágrimas de vida.

XXXVI

Pecado y perdón

Por qué tanto llorar por tu pecado
Sabio Khayyám? ¿Qué suerte de consuelo
Halla tu alma en arrojarte al suelo
En un auto-tormento así extremado?

Tú sabes por tu ciencia y tu cordura,
Que el perdón tras la culpa gustarías:
¿Cómo, pues, sin pecar conocerías
Del Perdón la eucarística dulzura?

XXXVII

SORDOS Y CIEGOS

¡Oh, eterna tragedia humana!
En pos de Ti el mundo entero
Corre, indaga y peregrina
Por mares y por desiertos.

Los derviches y magnates
Con su oro y sus privilegios,
No han podido aproximarse
Hasta tu divino asiento.

En tanto, en todo lenguaje
Tu nombre es música y verbo;
Pero todos están sordos
Para oirlo y conocerlo.

Todos tu visión ansían;
Te llaman con loco anhelo;
Tú apareces, Tú iluminas...
Pero todos están ciegos.

XXXVIII

Vuelo inútil

Tuve un Edén, de mil que el cielo encierra,
Sin cuitas y sin dudas ni temores;
Y un día, ansiando ver cosas mejores,
Como un halcón lancéme hacia la tierra.

Mas ¡ay! desde que aquí llegué, perdido,
Sólo, con los secretos de mi ciencia,
No hallo alma digna de mi confidencia...
Y huyo de nuevo por donde he venido.

XXXIX

Círculo vicioso

Oh, rueda eterna del cielo,
  Que no para un solo día,
Cómo tu voltear me hastía,
Cómo mi descanso anhelo!

En vano mi ciencia apuro
Por librarme de su giro;
En vano a esa dicha aspiro
Y al mismo creador conjuro.

Rebelde a mi condición,
Ni mi ciencia es suficiente,
Ni puedo infinitamente
Seguir esta rotación...

XL

La gota de agua y el océano

La gota de agua del mar
Desprendida y solitaria,
En playa inhospitalaria,
Triste se puso a llorar.

El Océano al sentir
Tan triste lamentación
De aquella separación,
La piedad le hizo sonreir.

—"Hija mía, entre los dos
Hay una sola unidad,
Y sobre esta inmensidad
No hay más grandeza que Dios.

"En tu cuerpo y el mío
Nunca la extensión verás:
Nadie medirá jamás
La inmensidad del vacío".

XLI

La caída de las hojas

El aura primaveral
Despierta al jardín, mimosa,
Y el ruiseñor, por la rosa
Entona su himno nupcial.

Bajo la aromada sombra
De los tupidos rosales,
En las horas estivales
Reposa en la muelle alfombra.

Sus pétalos al caer
Sobre tí, te irán diciendo:
—"Como tú, vamos volviendo
Hacia donde fué el nacer".

XLII

¿Y DESPUÉS?

QUE a esta vida la has vivido
Piensa, como lo has querido:
¿Y después?

Imagínate, confiado,
Que tu hora última ha llegado:
¿Y después?

Que cien años transcurrieron
Y tu plena dicha vieron,
Sin pesares, sin enojos
Y al colmo de tus antojos:
¿Y después?

Pídele a tu fantasía
Cien años más todavía:
Los dioses que todo pueden
Cien años más te conceden...
¿Y... después?

XLIII

Represalia

Anoche, en un arrebato,
Después de vaciar mi vino,
En las piedras del camino
Rompí mi copa, insensato.

Era la embriaguez, por cierto,
La que tal acto inspiró:
Mas lo que la copa habló
Me dejó de asombro yerto:

—"De tu misma esencia fuí
Y tú de mi esencia fuiste;
Lo que tú de mí hiciste
El Destino hará de ti".

XLIV

¿Qué hacer?

I

Armado de albedrío y de razones
Guerra sin tregua libro a mis pasiones:
¿Qué más hacer?

La aguda espina del remordimiento
De mis actos, aguza mi tormento:
No sé qué hacer.

No cesa mi conciencia de acusarme,
Ni cesa tu piedad de perdonarme:
¿Qué debo hacer?

Mas el saber que sabes mi vergüenza,
Oh, no hay consuelo que esta angustia venza:
¡Oh, Dios, qué hacer!

II

Cuanto de humano y de divino encierra
Mi ser, Tú sólo hiciste de agua y tierra:
Yo ¿qué he de hacer?

Esta seda, esta lana que he vestido
El artista eres Tú que la ha tejido:
Yo ¿qué he de hacer?

Todo el bien, todo el mal que yo he sembrado,
De Ti vienen, que me has predestinado:
Yo ¿qué he de hacer?

XLV

Mi último amigo

Yo mismo cerré la puerta
Que siempre mantuve abierta,
Del pecado,
Y libre de aparcerías
Y de infieles compañías
He quedado.

Y después de mi castigo
Sólo me quedó un Amigo
Para amar:
A El puedo sin opresiones
Mis más puras ideaciones
Revelar.

Por su saber infinito,
Definir no necesito
Lo que es y lo que pasó:
El de mí todo lo sabe,
Y de nuestro amor la clave
Sólo leemos El y yo.

XLVI

Transubstanciación

Mira esta copa transparente: era
Antes de modelada, ruda arcilla,
Y revela al trasluz la maravilla
De un alma en sus entrañas prisionera.

De magos y rabinos en la idea,
Con los blancos jazmines la comparan,
De donde en mística eclosión brotaran
Las sanguinosas rosas de Judea.

Mas no—¿qué he dicho?—ni jazmín, ni rosa;
El destello del vino me alucina:
Ya no veo la copa que fascina,
Ni el néctar de la viña prodigiosa.

Libre ya del sopor de la taberna
Veo, sí, una visión clara y distinta:
Era una agua traslúcida y eterna
Que de un divino fuego estaba encinta.

XLVII

La sombra del astro

Oh, alma, si te vieses en libertad un día
De las cadenas de la carne vil,
¡Con qué diáfana albura tu esencia irradiaría
Entre las rosas blancas del místico pensil!

Sólo así fueras, alma, en toda la pureza
De la gracia en su etérea plenitud,
Y al firmamento irías de la inmortal belleza,
A ser la nueva estrella, la estrella Excelsitud.

Ah, tan solo una sombra la claridad velara
Del halo de tu éxtasis astral:
Cuando a tu mente el vago recuerdo se asomara
De los lejanos días de tu vida mortal.

XLVIII

La visión de lo eterno

Porque del vino la ilusión te ofusca
Te dan pavor la muerte y el olvido,
Y el rayo de oro nunca has percibido
Del sol eterno que tu alma busca.

Ni ves en tu incurable ceguedad,
Que en ese abismo que tu miedo inflama,
Con nueva savia la robusta rama
Florece ya de la inmortalidad.

Desde que mi alma pura reanimada
Por el amor del Hijo de Miriám,
En el ungido cuerpo de Khayyám
La Muerte Eterna ha sido aniquilada.

XLIX

El heraldo del sol

Ayer, antes que el Alba despuntara,
En compañía de la Amiga leal
Y de una copa de rosado vino,
Me hallé junto a un torrente de cristal.

Frente de mí la copa, concha fina,
Cuya flúida perla un brillo tal
Esparcía, que todo el firmamento
Quedó envuelto en un nimbo sideral.

El Heraldo del Sol, de pronto herido
Por la súbita lumbre se despierta,
Y el clarín lanza al mundo adormecido
Del nuevo día el jubiloso alerta.

L

Lo único eterno

Abre para mí tu puerta
Pues tú sólo abrirla puedes,
Porque tú sólo concedes
La gracia de verla abierta.

Tú el sendero me mostraste
De llegar a redimirme:
Y si no puedes abrirme,
¿Para qué a Ti me llamaste?

Al ofrecerme tu ayuda
Muchos son los que te invocan;
Mas mi rebelión provocan;
Mi fe contra ellos me escuda.

Sólo ante Ti me prosterno;
Sólo en tu auxilio confío;
Todo muere en torno mío:
Sólo Tú eres Eterno.

LI

Final vanidad

En este instante de mi triste vida,
Cuando mi corazón aun late y siente,
Que todos mis problemas y mis dudas
Resueltos han quedado, me parece.

Mas cuando llamo mi razón a cuentas
Y en análisis hondo se sumerge,
No tardo en ver que todo ha sido humo,
Y que la noche a circundarme vuelve.

Y aquellos de la ciencia y las virtudes
Conductores magnánimos y jueces,
Que por la gracia del saber profundo
Antorchas vivas en el mundo encienden;

Ellos, no más que yo, dieron un paso
Fuera del aro en que todo se mueve;
Dijeron, si, su fábula, y al punto
Volvieron a su sueño de la muerte.

LII

El goce vedado

Oh, nunca lo pensaste, ¿por qué al abrir la puerta
De su rosal la aurora, canta alektrión su alerta?
Es que quiere advertirte que otro día ha pasado,
Y en la misma ignorancia el nuevo te ha encontrado.

Y cuando ella te asesta la luna de su espejo
Y encandila tus ojos el vívido reflejo,
Es que quiere enseñarte que el instante vivido
En error y atonía, fugaz te ha envejecido.

Si aún te resta un átomo de lucidez, procura
Refugiarte en el éxtasis de la belleza pura:
Acaso de la mano del inmortal copero
Puedas beber un sorbo del vino verdadero.

Ah, pero tú eres ciego de toda humana ciencia;
Tu alma no percibe del éxtasis la esencia,
Y al preferir la copa de la terrena orgía
Hará una eterna nube de la noche y el día.

LIII

La suprema angustia

Si entre fe e incredulidad
Un soplo apenas se mide,
Y el mismo espacio divide
Al error y a la verdad;

Si induciendo de esta suerte
Hemos de llegar al fin
A suprimir el confín
Entre la vida y la muerte;

Si este lapso de un aliento
También me aparta de Ti,
Sin dejarme alzar de aquí
Mi vuelo por un momento;

Oh, Señor, ¿qué puedo hacer
Para ser uno contigo,
Si de mi ser me desligo
Y no puedo a Ti ascender?

¡Oh, qué secreto angustioso!
¡Oh, qué enigma impenetrable!
¡Qué ansia tan insaciable!
¡Qué dolor tan delicioso!

LIV

Eucaristia

Ora a los ojos te escondes
De tu angustiada criatura,
Y en su vagar, insegura,
Te llama y no le respondes;

Ora en luminosas letras
Fijas en tu firmamento,
Y en voz, ritmo y movimiento
El Universo penetras.

Cuando en tu gloria infinita
Y en tu gracia te contemplo,
Pienso que Tú eres el Templo
Y el propio Dios que lo habita.

Mi alma siente cuando escruta
Dentro de tu seno místico,
Que eres el vino eucarístico
Y el cáliz que lo transmuta.

Ya estoy solo; amor y ciencia,
Todo lo he perdido aquí:
O ven a habitar en mí,
O difúndeme en tu Esencia.

III.

LA VOZ EN EL DESIERTO

La voz en el desierto

Suspendidas de sus hilos, del Señor entre las manos,
Bajo el techo de amatista las estrellas se estremecen;
La luna como un alfanje, y los vientos me parecen
Traerme voces amigas de mis aduares lejanos.

Las arenas sin un soplo de aire muertas están;
Los astros su luz repliegan cual en su postrera noche;
Mas la arena removida volará; su ardiente broche
Reabrirán los soles y... mis huellas se borrarán

Cual los dibujos que finje la rama al aire agitada;
Cual la sombra que una flecha traza del arco lanzada,
Así pasaré, pues Dios sabe en su saber profundo
Porqué—feliz o maldito—fuí enviado sobre el mundo.

¡Oh, Señor de las centurias y del Poder infinito!
¡Señor, Dios de las estrellas y las arenas desiertas!
¿Acaso, soy yo en mí nada, más durable o más finito
Que estas imperecederas de tus manos obras muertas?

Mas ¡ay! cuando ya los techos de amatista empalidezcan,
Y gastados ya sus hilos las estrellas se oscurezcan,
Sólo Tú el eterno arcano verás de divino modo,
Y te reunirás de nuevo al alma inmane del Todo!



INDICE

INDICE

LIBRO PRIMERO

RUBÁIYÁT

LIBRO SEGUNDO

RIMAS ORIENTALES

III.—MÍSTICAS:

LIBRO TERCERO

Joaquín V. González compuso este libro para solaz de su
espíritu y como la más fina floración de su vejez.
Publícase como obra póstuma y por voluntad de
los deudos del autor, bajo la dirección de Julio
V. González. La carátula fué dibujada
por Adolfo Travascio. Se realizó la
impresión en los talleres gráficos
de López y Cía. Buenos Aires,
y se dió fin a la obra el
17 de Diciembre de
MCMXXVI.





